

EL QUIJOTISMO DE UNAMUNO EN ITALIA: FILOSOFÍA DE LA ACCIÓN, IRRACIONALISMO, FASCISMO

MIGUEL DE UNAMUNO:
PHILOSOPHY OF ACTION,
IRRACIONALISM, FASCISM IN THE ITALIAN QUIXOTISM

Sandro Borzoni
Liceo Científico Einstein, Milán

Entregado el 27-12-2010 y aceptado el 8-3-2011

Resumen: En Italia, a partir de los primeros años del siglo Veinte, la *Vida de Don Quijote y Sancho* se convirtió en el texto de Unamuno más leído. Se desarrolló una interpretación (*chisciottismo italiano*) que veía en el *Quijote* de Unamuno el héroe de la filosofía de la acción, el caballero del ideal en perpetua lucha con la modernidad, el positivismo y el laicismo. Durante el fascismo —gracias también a la propaganda intervencionista de Unamuno durante la Primera Guerra Mundial— esa mezcla de irracionalismo y nacionalismo cuajó perfectamente con las ideologías de los autores más cercanos al fascismo y Unamuno, a pesar de su oposición a Primo de Rivera o de su apoyo a la Segunda república, siguió siendo un modelo de patriotismo, el representante de una España castiza y tradicionalista: un viejo escritor católico que sólo por error pudo subir al barco republicano.

Palabras clave: Giovanni Amendola, Chisciotte, Chisciottismo, fascismo, Italia, irracionalismo, Benito Mussolini, Giovanni Papini, pragmatismo, Miguel Primo de Rivera, Quijote, Quijotismo, Salamanca, Miguel de Unamuno, *La Voce*.

Abstract: From the beginning of the twentieth century, the *The Life of Don Quixote and Sancho* was Unamuno's most read text in Italy. It developed an interpretation (*Italian Quixotism*) that saw in Unamuno's *Quixote* the hero

of philosophy of action, the knight of idealism in eternal fight against modernity, positivism and secularism. During the fascist dictatorship —also because of Unamuno's interventionist propaganda during WWI— this mixture between irracionalism and nationalism matched perfectly the ideologies of the authors close to the fascism, and Unamuno, despite his opposition to Primo de Rivera and his support to the Second Republic, kept on being a model of patriotism, the symbol of a typical and tradicional Spain: an old catholic writer who just by mistake could join the Republic.

Key words: Giovanni Amendola, Fascism, Italy, Irracionalism, Benito Mussolini, Giovanni Papini, Pragmatism, Miguel Primo de Rivera, Quijote, Quijotismo, Quixote, Quijotism, Salamanca, Miguel de Unamuno, *La Voce*.

1. *Quijote* y «Chisciottismo»

Miguel de Unamuno es hoy el sacerdote príncipe de la religión de Don Quijote de la cual soy, por mi gloria y fortuna, un fervoroso discípulo y he tenido la necesidad, apenas le he conocido, de mandarle mi saludo de hermano desconocido, a través de esta revista que está honrada de ser el órgano del quijotismo italiano.

Giovanni Papini¹

El deseo de Unamuno se resumía bien en aquella máxima que rezaba «no quiero que me encasillen»: la posteridad no tenía que dejarle descansar en paz en las páginas de pedantes libros académicos con una etiqueta que congelase su vida y callase para siempre sus pensamientos. Para que le «encasillaran» no fue necesario esperar a la posteridad. En este pequeño tributo, voy a resumir como se desarrolló en Italia una interpretación muy peculiar del pensamiento unamuniano que, a partir de los primeros años del siglo Veinte, se empezó a llamar «chisciottismo» (*quijotismo*). Esta interpretación, que perduró hasta la Segunda guerra mundial, constituyó y constituye aún una etiqueta, ya que hablar de Unamuno en Italia significa más o menos hablar de su *Vida de Don Quijote y Sancho*, un ensayo que fue traducido al italiano ¡cinco veces!

A partir de los años Veinte del siglo pasado, con la progresiva toma del poder de Mussolini, el quijotismo italiano se convirtió, por así decirlo, en una *koiné*, en un lenguaje común, que ataba de forma indisoluble ciertos temas de la propaganda nacionalista a ensayos como *El sepulcro de Don Quijote*, *Sobre la Europeización*, y naturalmente la *Vida*. No es casual que en España, a partir de los años Treinta, fascistas como Ramiro Ledesma Ramos volvieran sobre estos mismos ensayos para intentar una abierta manipulación de las ideas de Unamuno y orientarlas hacia un vector falangista. Por razones de espacio, no es posible aquí comparar las interpretaciones de los primeros quijotistas italianos con las de ciertos fascistas españoles, pero algunas cuestiones tendrán para muchos lectores un sabor muy familiar.

¹ *Il Leonardo*, octubre-diciembre de 1906; p. 366. Normalmente las citas de los autores italianos han sido traducidas al español para mejorar la fluidez del discurso, pero en determinados casos he tenido que dejar también el texto original por no traicionar el pensamiento del autor con mi versión.

En Italia, desde los primeros años del siglo xx, antes de que naciera un movimiento nacionalista organizado políticamente², algunos jóvenes fundaron unas revistas que con su retórica y su violencia verbal anticiparon de una década el lenguaje del fascismo. En estos círculos culturales algunos autores italianos como Giovanni Papini, Giuseppe Prezzolini, Giuseppe Antonio Borgese o Ardengo Soffici, presentaron la obra de Unamuno como un modelo de patriotismo y desde los años de la Primera Guerra Mundial, con razón de la propaganda intervencionista de Unamuno, que visitó el frente de combate italo-austríaco, se consolidó en Italia esta lectura nacionalista. La *Vida de Don Quijote*, la obra más leída en Italia, se interpretó como un evangelio pragmatista³, la moral heroica se entremezcló a los valores patrióticos de los combatientes y fue un viático espiritual para muchos soldados que, durante la Primera guerra mundial, leían el *Quijote* en las trincheras del frente italo-austriaco, como testimonian las cartas de los soldados italianos dirigidas a Unamuno guardadas en la Casa-Museo de Salamanca⁴. Esta lectura en clave nacionalista del *Quijote* de Unamuno pasó a la historia literaria con el nombre de «Quijotismo italiano»⁵.

² La *Associazione Nazionale Italiana* se fundó en 1910 en Florencia. Liderada por Enrico Corradini, la Asociación no fue el órgano político de estas revistas literarias, ni tampoco la ideología de la *Associazione Nazionale* pudo confluír e identificarse del todo en los *Fasci* de Mussolini.

³ Cfr. Arturo Ferrarin, «De Unamuno e Don Chisciotte», *La Fiera Letteraria*, 12 de septiembre de 1926. La expresión «vangelo pragmatista» de Ferrarin, fue precedida por otra muy similar de Gherardo Marone: «credo prammatista». («Da Miguel de Unamuno a Giovanni Papini», *Crociere Barbare*, Nápoles, año I, núm. 2, 15 de marzo de 1917, p. 17).

⁴ Cfr. Gaetano Foresta, *Il chisciottismo di Unamuno in Italia*, Lecce, Milella, 1979, pp. 93-97. Foresta publicó algunas de estas cartas. Merecen una mención las de Gino Argan y Tommaso Fiore.

⁵ Existen numerosos escritos sobre la recepción del quijotismo de Unamuno en Italia. Citaré las monografías y los artículos que me parecen más relevantes: Ubaldo Bardi, «Fortuna di don Miguel de Unamuno in Italia», *Les Langues Néo-Latines*, fasc. IV, dic. de 1962, n. 163, pp. 45-51. Giuseppe Bellini, «Unamuno in Italia», *Asomante* (Puerto Rico), oct.-dic. de 1961, pp. 90-96. Sandro Borzoni, *Presenza di Unamuno in Italia (1901-1937)*, Tesi di Laurea in Storia della Filosofia, Università Cattolica di Milano, A.A. 1996-97. «Tributo para una bibliografía italiana», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, xxxv (2000), pp. 147-97. Gualtiero Cangiotti, *Miguel de Unamuno e la visione chisciottesca del mondo*, premessa di Antimo Negri, Marzorati, Milano, 1985. Niso Ciusa, introducción a la traducción italiana de *La mia religione e altri saggi*, Società Editrice Internazionale, Torino, 1953. Gaetano Foresta, *Il chisciottismo di Unamuno in Italia*, cit. Vicente González Martín, *La cultura italiana en Miguel de Unamuno*, Universidad de Salamanca, 1978. «Di-

A quién se pregunte qué entiendo, o qué se entiende, por *chisciotismo italiano* —porque la expresión, desde luego, no es mía (la empleó primero Papini en 1906)— puedo contestar fácilmente resumiendo de este modo los cincuenta años de diatribas entre los críticos: un discreto grupo de intelectuales italianos concentraron su atención en un solo texto de Unamuno: la *Vida de Don Quijote y Sancho*. Escribieron de Unamuno conociendo sólo aquel texto. Lo amaron, y bastante, sólo por aquel texto. Los quijotistas fueron un «popolo del libro» que trató de tocar cada insondable misterio del pensamiento unamuniano interrogando siempre y solamente aquella obra que ha sido traducida al italiano, como dije antes ¡cinco veces! Lo curioso es esto: generalmente se vincula el nombre de un autor a una de sus obras porque dificultades insuperables impiden el hallazgo de otras —pienso en el *Timeo* de Platón en ciertas franjas de la cultura medieval—. En otros casos una obra supera los demás escritos de un autor y es por lo tanto justo que éste sea recordado por su obra maestra y no por sus acerbos esbozos juveniles. Los quijotistas, en cambio, se ataron a la *Vida* por un cierto tipo de afinidad electiva (*Die Wahlverwandschaften*). La armadura fue preparada por el hidalgo de la Mancha, pero cuando Papini, el fundador de *Il Leonardo*, la vistió, la armadura se convirtió en seguida en un traje hecho a medida. En pocos meses, entre 1906 y 1908, proliferaron en la prensa de Italia una multitud de reseñas que congelaron esta interpretación en clave nacionalista de la *Vida de Don Quijote y Sancho* durante al menos tres décadas⁶. La obra de Unamuno se interpretó como una filosofía práctica (la famosa *moral heroica*), pragmatista e irracionalista, y poco a poco esta parábola interpretativa declinó hacia lecturas manifiestamente fascistas durante los años Treinta. Todavía hoy, leyendo las enciclopedias italianas de historia de la filosofía, el nombre de Miguel

fusión de la obra de Unamuno y eco de su personalidad en Italia», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* xxv-xxvi, 1978, pp. 91-126. Franco Meregalli, *Presenza della letteratura spagnola in Italia* (pp. 58-74), Sansoni, Firenze, 1974. «Sobre Unamuno en Italia», *Cuadernos Hispano Americanos*, febrero-marzo de 1987, pp. 119-126. Michele Federico Sciacca, *Il chisciotismo tragico di Unamuno e altre pagine spagnole*, Marzorati, Milano, 1971.

⁶ Escribieron sobre la *Vida de Don Quijote* primero Papini, fundador de *Il Leonardo*, y posteriormente muchos intelectuales y críticos cercanos a él y a Prezzolini: Giovanni Amendola, Giuseppe Antonio Borgese, Giovanni Nascimbeni, Gherardo Marone, Giuseppe de Robertis etc. Cfr. Sandro Borzoni, «Tributo para una bibliografía italiana», cit., pp. 155 y ss.

de Unamuno se asocia al pragmatismo⁷. Una lectura de este tipo, que resaltaba los matices irracionales del pensamiento unamuniano (la lógica del corazón frente al frío racionalismo de los positivistas), se unía a la admiración que suscitó entre los italianos la intensa campaña que Unamuno libró contra la *Kultur* germánica. El Quijotismo se convirtió en un sinónimo de «filosofía de la acción⁸», y la acción a la que estaban pensando Papini y los demás intelectuales de *Il Leonardo* y *La Voce* era el gesto heroico, fuerte y decidido de un caballero del ideal (e idealizado).

Ha escrito Edward R. Tannenbaum en su *The Fascist Experience. Italian Society and Culture (1922-1945)*: «El Fascismo italiano fue la expresión política post-bélica de movimientos de masa anti-intelectuales, cuya aparición había empezado hacia finales del siglo XIX. Dichos movimientos rechazaban tanto el liberalismo racionalístico como el marxismo científico, basando su fe en la acción — que a menudo se convertía en una retórica del activismo — más que en el pensamiento⁹». Y Tannenbaum aludía precisamente a revistas como *Il Leonardo*, *La Voce*, *Lacerba*, que no tomaron parte en la génesis del fascismo como movimiento político, pero dieron espesor a dicha retórica del activismo convirtiéndola en una aparatosa filosofía de la acción. Ahora la portada ideológica de dichas revistas ha sido cumplidamente analizada por Emilio Gentile, el discípulo de Renzo de Felice¹⁰, que ha ampliado el problema, y por lo tanto remitimos a sus estudios, porque coincidimos con las tesis de fondo del historiador de la Universidad La Sapienza de Roma. En cambio, este es el lugar para resumir cuál fue el perfil de Unamuno que se matizó —sobre todo entre Florencia y Roma— antes de la Gran Guerra, y aquí comienza nuestro viaje al pasado que nos llevará desde las orillas del Tormes a las orillas del río Arno.

⁷ Cfr. por ejemplo la *Storia della Filosofia* de C. Fabro (Coletti, Roma, 1954, pp. 615-616), la *Storia del pensiero occidentale* de F. Pieretti (vol. VI, Marzorati, Milán, 1975, pp. 30-49 *passim*) o la voz «Unamuno», en el *Dizionario di filosofia* de N. Abbagnano.

⁸ Una definición de la que Papini consideraba «filosofía de la acción» está en: «Pensiero e azione», *La Voce*, 1914, VI, 9, pp. 18-25.

⁹ Basic Books, New York, 1972. Edición española *La experiencia fascista*, Alianza, Madrid, 2007.

¹⁰ Cfr. por ejemplo, entre los trabajos más recientes, *Il mito dello Stato nuovo. Dal radicalismo nazionale al fascismo* (2002) y *Fascismo. Storia e interpretazione* (2005), ambos editados por Laterza.

2. Don Quijote en Florencia

Con Papini y *La Voce* Unamuno entró plenamente, primero entre los literatos españoles de su época, en la cultura italiana. Y su presencia no era, como ocurría a menudo con los escritores extranjeros del tiempo, el reflejo de una estancia en París. Se trataba de una relación directa, de península a península, síntoma de que estas dos culturas estaban empujando a *desprovincializarse*.

Franco Meregalli¹¹

Se ha escrito que el canal de contacto más directo entre la península Italiana y el pensador español fue el florentino¹². Acepto la afirmación con algunas reservas, porque es realmente simplista decir que los «amigos italianos» de Unamuno viniesen sólo desde aquel férvido y fecundo ambiente intelectual ligado a la revista *La Voce* de Florencia¹³. Unamuno, en Italia, conoció personalmente (o de forma epistolar) escritores, políticos, periodistas, pintores, médicos, militares, profesionales de toda extracción cultural, y mantuvo con algunos de ellos relaciones durante todo el arco de su vida. Antes de la Primera guerra mundial ya había consolidado un cierto prestigio en Italia publicando sus artículos en *Il Leonardo* (Florencia), *Il Rinascimento* (Milán), *Il Coenobium* (Lugano), *La Rassegna d'Arte* (Milán), y entre sus conocidos y corresponsales había intelectuales liberales bien lejanos de aquel ambiente nacionalista de *La Voce*, cómo Benedetto Croce, católicos modernistas (Giovanni Boine, Romolo Murri), protestantes (Giovanni Costa), judíos (Ezio Levi, Ugo della Seta), filósofos (Francesco Orestano, Adriano Tilgher, Giuseppe Rensi)¹⁴. Esto prueba dos cosas: por un lado el eclecticismo de Unamuno, siempre interesado por los sectores más diversos de la cultura, y por otro que a Unamuno no

¹¹ Franco Meregalli, *Rassegna Iberistica*, 25 de abril de 1968, p. 119.

¹² Cfr. los trabajos de García Blanco, González Martín y Foresta citados en la nota 5.

¹³ En realidad, *La Voce* no se dedicó nunca a Unamuno, ni Unamuno jamás escribió en ella, pero el primer escritor italiano que asoció al nombre de Unamuno el pragmatismo y la filosofía de la acción fue Giovanni Papini, que con Giuseppe Prezzolini había fundado *Il Leonardo*. En 1908 los dos jóvenes florentinos fundaron una nueva revista llamada *La Voce*, a la cual se unieron muchos de los intelectuales ya cercanos a *Il Leonardo*. De aquí nace la expresión «letterati vociani» que abarca todos aquellos autores que de una forma u otra se pueden relacionar con aquel entorno cultural.

¹⁴ Para una detallada bibliografía de las colaboraciones de Unamuno con la prensa italiana y de las reseñas a sus obras remito siempre a «Tributo para una bibliografía italiana», art. cit.

se acercaron hispanistas o estudiosos de literatura, sino intelectuales de todo tipo y de toda tendencia política, porque el aspecto de Don Miguel que menos interesaba a los italianos era el literario. Además, *La Voce* se caracterizó precisamente por la capacidad de absorber todas las corrientes de la cultura: filosofía, literatura, crítica, economía y política. El universo «vociano» representó un *unicum* en la historia de la cultura y es una realidad tan articulada y compleja que decir *La Voce* significa afirmarlo todo y negarlo todo. *La Voce* fue una fragua de ideas e ideologías disparatadas y bien lo supo subrayar Prezzolini en su *Diario*, cuando, recordando un coloquio con Curzio Malaparte, escribió: «Dalla Voce nacque il fascismo e l'antifascismo, Mussolini e Amendola, perché la «Voce» era viva, e quel che è vivo venne di lì»¹⁵. Pero ¡volvamos a Florencia! Ya que fue desde allí donde empezó la parábola del quijotismo.

En su primera carta a Unamuno, Papini escribía al Rector: «su obra [...] me es muy simpática, porque yo trato de hacer por Italia algo parecido a lo que Ella está haciendo por España, es decir de predicar la vuelta al espíritu religioso, a la vida interior, a los objetivos heroicos y locos, etc. etc.¹⁶». En un artículo programático de su *Leonardo*, aparecido en el agosto de 1906, o sea precisamente cuando Papini estaba leyendo la *Vida de Don Quijote y Sancho*, el florentino dice que quiere empezar una campaña para el forzado despertar de Italia (*una campagna per il risveglio forzato dell'Italia*), y en sus palabras suena sin equivocación el eco de la *Vida de Don Quijote y Sancho*: «Siento — como un discípulo del primer Mazzini — que yo puedo ser portador de una misión en mi país y que tengo que hacer cualquier cosa para que Italia sea menos sorda, menos ciega, menos cobarde. Me llamarán una vez más Don Quijote. ¿Pero quién me llamará así? La tribu de los Sancho Panza¹⁷».

No se trata de una cita extemporánea o casual. Papini recuerda que «España tiene su misión en el mundo: representar, delante del paganismo latino y la avidez anglosajona, las ideas de la renuncia y la

¹⁵ Giuseppe Prezzolini, *Diario*, New York, 22 de enero de 1937. «Y vino Malaparte a visitarnos y habló como solía hacer de forma brillante y amena. Entre las cosas que dijo me gustó esta: «desde *La Voce* nacieron el fascismo y el antifascismo, Mussolini y Amendola, porque *La Voce* era viva, y lo que era vivo vino de ahí».

¹⁶ Carta de Papini a Unamuno del 29 de agosto de 1906. Ahora en: Manuel García Blanco, *Unamuno y Papini. Annali dell'Istituto Universitario Orientale di Napoli, Sezione Romanza*, VI, 2, julio de 1964, pp. 133-161.

¹⁷ «Campagna per il forzato risveglio dell'Italia», *Il Leonardo*, año IV, agosto de 1906.

inmortalidad»¹⁸. Papini —siempre en 1906— habla de una «tercera Roma», que por supuesto, como España, tiene su misión que cumplir: «Roma ha tenido siempre una misión universal y dominadora. En ella se sentaron el Emperador y el Papa a dominar y organizar el mundo. Ahora, en Roma, el Imperio está representado por un buen padre de familia, numismático y automovilista, y el Papado por un buen cura de campaña ignorante e indeciso¹⁹... La tercera Roma ideal tiene que nacer de nuestra voluntad y de nuestra obra y si mis compañeros no comienzan con sentir vehementemente esta necesidad me pueden abandonar ya²⁰». Antes de que Papini escribiese en su *Leonardo* expresiones como «ser portador de una misión en mi país», la idea de utilizar la pluma para encarnar y cumplir una misión había sido precisamente un tema recurrente del propio Unamuno, que confesaba a Pedro de Múgica en 1903: «se va formando en mí una profundísima persuasión de que soy un instrumento en manos de Dios y un instrumento para contribuir a la renovación espiritual de España», y a Salaverría en 1904 «creo en un destino espiritual de nuestra raza —la raza de Íñigo de Loyola— y creo más, y es que soy uno de los instrumentos de ese destino. [...] Le hablo con el corazón en mano y sin rodeos ni velos»²¹.

Y para terminar —pero habría muchos ejemplos más— el llamamiento a la locura («Osate esser pazzi!») es otra referencia de evidente inspiración unamuniana. Esta vez se me permita una cita más extensa, porque quiero que el lector vea el mimetismo lingüístico de Papini, que parece parafrasear al propio Unamuno:

Tengáis ánimo, osadía, temeridad y locura... Italia es vil: desde muchos años, desde que se levantó de sus cenizas, se ha dado a la «política del recogimiento». Qué haya recogido de este recogimiento no se ve bien, pero está claro que el pueblo italiano se ha dado a la humildad, a la modestia, a la resignación con una buena voluntad espantosa...

¹⁸ G. Papini, art. cit. p. 367.

¹⁹ Se trata del véneto Giuseppe Sarto, autor de la Enciclica *Pascendi dominici gregis*, que condenó el modernismo católico y todos los sacerdotes que simpatizaban con este movimiento reformador.

²⁰ «Campagna per il forzato risveglio dell'Italia», art. cit. en *Antología del Leonardo*, cit., p. 220.

²¹ Carta a Pedro de Múgica, 3 de diciembre de 1903. Carta a José María Salaverría, 13 de octubre de 1904.

En política nos hemos hecho derrotar por timidez; en los negocios hemos conseguido el déficit cero a fuerza de economías exageradas; en la vida común tenemos un temor inverosímil de lo grandioso, de lo absurda y locamente grandioso, y un respeto religioso de los objetivos medidos y los ideales a corto plazo. Pero necesitamos que todo esto cambie y que el amor al riesgo, a la aventura, al desbarato, a la carga, a los sueños enormes y a los programas eternos entre en el alma de una parte de los jóvenes de Italia. Sólo a estas condiciones nosotros podremos fundar la nueva civilización itálica: el segundo *Renacimiento de los espíritus* (cursiva mía)²².

Con este lenguaje proto-futurista y proto-fascista, se anunciaba el programa de Papini. Unamuno era el modelo a imitar, el portador de estos valores heroicos, temerarios, audaces y locos, encarnados en la figura de Don Quijote.

Las otras reseñas de la *Vida de Don Quijote y Sancho* que aparecían en los años siguientes, emplearon un lenguaje similar al de Papini²³. No puedo detenerme en cada una de ellas (ya lo hice en otros escritos, además, a los cuales remito el lector²⁴) pero quiero resaltar ciertos parecidos con el lenguaje de Papini. Para Giovanni Amendola, que añade un toque poético al lenguaje de su predecesor, Don Quijote es «una chispa loca, perdida en los desiertos de nuestras almas, que a veces aparece al exterior, impresa en nuestra carne, entre las muchedumbres de los filisteos que se ríen. [...] Don Quijote es el pobre nuncio tardío del gran *evangelio heroico*. [...] En él se condensó por un instante la Vida como fe, voluntad, victoria que luchaba la última batalla contra la emergente Vida como duda, racionalidad, derrota y mercadería. Fue el sol que parece engrandecerse en el horizonte un instante antes de desaparecer²⁵».

Para Ugo della Seta, que profundiza la interpretación del quijotismo demostrando mayores conocimientos de la obra de Unamuno y una lec-

²² *Antologia del Leonardo*, p. 221.

²³ Con la única excepción de Federico Giolli. Giolli conocía a Unamuno desde hace muchísimos años, y por lo tanto no fue condicionado por la visión heroica del *Quijote* de Giovanni Papini y de los *Vocianos*. Su reseña a Unamuno fue totalmente diferente de todas las demás. Cfr. «Miguel de Unamuno e la vecchia Spagna». *Nuova Antologia*, vol. 6, 1909, pp. 214-222.

²⁴ Principalmente hablé de las reseñas a la *Vida de don Quijote y Sancho* en *Presenza di Unamuno in Italia* (op. cit.), cap. III pp. 80-91 y 97-114.

²⁵ «Il serio nel sud». *Prose*, n. 3, abril-mayo de 1907, p. 189.

tura más atenta del texto, de nuevo vuelven los vocablos apóstol, religión, fe, etc²⁶.

En 1913, cuando se editó la traducción de la tan comentada obra de Unamuno con el título de *Commento al Don Chisciotte*, volvieron a aparecer en las páginas de la prensa los términos de antaño empleados por Papini, Della Seta y Amendola. En la reseña de Saloni retornan el *heroísmo*, el *apostolado*, el *vuelo tempestuoso*, y hasta el *éxtasis dionisiaco*: «Unamuno quisiera que cada uno de nosotros se formara hacia una conciencia heroica y rebelde y que probara la voluptuosidad del abandono dionisiaco, del vuelo tempestuoso que transporta en las alturas llenas de viento y de luz. Es, pues, más que el apóstol de una nueva fe, el animador de las energías más puras²⁷». En otra reseña del *Marzocco*, siempre de 1913, Giovanni Nascimbeni escribió páginas llenas de puro quijotismo testimoniando una vez más el uso consolidado de ciertos registros retóricos: Unamuno es un «apóstol espiritual» y habló de «heroísmo y de aventura»²⁸.

Gino Bellincioni, en otra reseña, define a Unamuno «uomo di battaglia» (*hombre de batalla*) y se interroga sobre su fe política: «¿es anarquista, es socialista, es republicano, es monárquico? No es ninguna de estas cosas y al mismo tiempo tiene algo de todas. Es un inquieto. Es un idealista sobre todo y un animador, cuya obra, además de un valor intrínseco, tiene otro extrínseco, que es suscitar energías dormidas²⁹». De nuevo por lo tanto una llamada directa a la acción.

Gherardo Marone intentó un paralelismo muy forzado entre Unamuno y Papini, emparentando la obra y el temperamento de ambos escritores: «Ambos filósofos y poetas, pragmatistas y nacionalistas, escépticos y sentimentales; mientras uno, con su *Comentario*, intenta sacudir y despertar en la vieja alma española el antiguo sentimiento heroico dormido, el otro anuncia la *Campaña para el forzado despertar de Italia* (cursiva en el texto)³⁰».

²⁶ Ugo della Seta, «Un apostolo del chisciotismo», *La Nuova Parola*, n. 3, 1907, pp. 177-188 *passim*.

²⁷ A. Saloni, «Commento al Don Chisciotte», *Coenobium*, año VII, n. 5, 31 de mayo de 1913, pp. 65-67.

²⁸ G. Nascimbeni, «Cervantes e Unamuno», *Il Marzocco*, 13 de abril de 1913, pp. 3-4.

²⁹ G. Bellincioni, «Miguel de Unamuno e il sentimento tragico della vita», *Myricae* (Ferrara), 5 de diciembre de 1914.

³⁰ Gherardo Marone, «Da Miguel de Unamuno a Giovanni Papini», art. cit., pp. 17-18.

3. Don Quijote en las trincheras del Carso

La verdadera actualidad eterna es ahora la intervención de Italia en la guerra, en contra de Austria y, por lo tanto, de Alemania y de Turquía, y junto a los aliados. [...] El ejemplo que da ahora Italia será de eterna recordación. Es una lección de patriotismo para los pueblos todos.

Miguel de Unamuno³¹

Unamuno había vivido la realidad de la «Grande Guerra» visitando en primera persona el frente de combate italo-austriaco³² en 1917, justo antes de la famosa derrota de Caporetto (24 de octubre). Bajó a las trincheras del Carso, habló con los soldados, visitó la ciudad de Udine y otros pueblos fronterizos, conoció personalmente a Mario Puccini, a Ugo Ojetti y al General Cadorna. Le acompañaron en la singular misión diplomática otros intelectuales españoles «intervencionistas» invitados por el gobierno italiano: Américo Castro, Luis Bello, Santiago Rusiñol y Manuel Azaña³³.

La propaganda política anti-alemana de Unamuno en aquellos años fue muy intensa³⁴ y tuvo un eco internacional de una cierta relevancia³⁵, sobre todo en Italia, que se apresuraba hacia el conflicto. El viaje de los

³¹ Miguel de Unamuno, «El caso de Italia», *La Nación*, 30 de junio de 1915, *Obras Completas Escelicer* (de ahora en adelante OCE) IX, p. 1288.

³² Cfr. «Una visita al frente italiano», OCE IX, pp. 1505-1533. Vincenzo de Tomasso, *Unamuno in Friuli*, Doretti, Udine, 1984.

³³ Cfr.: Gaetano Foresta, «Unamuno interventista», *La Nuova Antologia*, año 108.º, vol. 519.º-fasc. 2073, sept. de 1973. Cfr. también *La cultura italiana en Miguel de Unamuno*, op. cit., pp. 24-47 que publica una interesante foto de Unamuno junto a Rusiñol, Bello, Castro y Azaña.

³⁴ Es imposible hablar aquí de todo lo que Unamuno escribió en su propaganda anti-germánica. Muchos de los artículos que no fueron recopilados en las OCE están en Christopher Cobb, *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial*, Tamesis Books Limited, Londres, 1976. Fundamental es también la recopilación de Luis Urrutia de los artículos de *La Nación* de Buenos Aires, *Desde el mirador de la Guerra*, Centre de Recherches Hispaniques, París, 1970. González Martín en *La cultura italiana en Miguel de Unamuno* (cit.) ofrece datos interesantes en los párrafos *Unamuno aliadófilo* (p. 25), *Organizaciones antigermánicas de las que formó parte Unamuno* (p. 32), *Propaganda pro italiana de Unamuno en la prensa* (p. 33), *Guerra italiana como lección de patriotismo* (p. 38). Muy interesante es también el ensayo de Alfonso Botti «Unamuno, Murri, Sabatier e la Grande Guerra», *Spagna Contemporanea* n. 1, 1992, pp. 137-147.

³⁵ «[en 1914] Unamuno se convirtió así en la figura española más respetada —escribe Juan Marichal— por los lectores de muchos países, y en particular de Francia, Italia, Gran Bretaña y los Estados Unidos; y, por descontado, los de lenguas ibéricas veían en él a un

cinco intelectuales resultaba útil también para los aliadófilos españoles, porque les permitía demostrar que si Italia estaba preparada para enfrentarse a una guerra, España también podía luchar al lado de las potencias aliadas. A una España que se quedaba neutral, asistiendo muda a un conflicto que veía comprometidas las demás potencias europeas, Unamuno contraponía una Italia que arriesgaba su paz para consolidarse como nación y ganarse el respeto de Inglaterra y Francia. Los numerosos artículos en contra de la neutralidad española llegaron a revistas argentinas de ultramar y, por supuesto, italianas, suscitando mucha impresión. En *Il Nuovo Giornale di Firenze* se encuentran muchísimas colaboraciones de Unamuno que exaltan el papel de Italia en el conflicto y critican de forma vehemente a Guillermo II de Alemania y el imperio Austro-húngaro. Hasta ahora he podido localizar siete artículos firmados por Don Miguel en un arco de siete meses, pero *Il Nuovo Giornale* es un diario ahora difícil de encontrar, y ninguna biblioteca posee los números de los años de la Primera Guerra Mundial en su totalidad³⁶. También los mítines de propaganda a los cuales participó Unamuno tuvieron bastante resonancia en Italia, y es fácil medir a través de la prensa de entonces el clamor suscitado por sus palabras a favor del Triple entente³⁷.

Ahora bien, Unamuno repitió muchas veces que sólo una empresa común puede forjar la identidad nacional y que Italia, siendo una nación joven, necesitaba una guerra para llegar a ser una verdadera nación. Para él, gracias a la Guerra, Italia «se ha revelado al mundo y aun se ha revelado a sí misma³⁸». La guerra ha permitido a Italia cumplir con el deber de su misión histórica: «¡Qué Dios gué a Italia a su más alto destino!³⁹» escribe concluyendo un encendido y entusiástico artículo en el que comenta la

guía espiritual y político». *El intelectual y la política*, Residencia de Estudiantes, Madrid, 1990, p. 12 *passim*.

³⁶ «Mammiferi trogloditici» (21-22-XII-1915); «Mameli e Korner» (12-I-1916); «L'organizzazione d'Europa» (6-II-1916); «Sulla civilizzazione» (9-II-1916); «A proposito di alcune lettere di Chesterton a un garibaldino» (17-III-1916); «La religione pagana del nazionalismo» (13-V-1916); «L'inglese e il tedesco in lotta» (26-VI-1916).

³⁷ Cfr. por ejemplo: «Don Miguel de Unamuno e il movimento della Spagna verso l'Intesa», *Il Corriere delle Puglie*, n. 42, 11-II-1917; «Importante comizio spagnolo a favore dell'Intesa. Si proclama la guerra alla Germania», *Il Nuovo Giornale di Firenze*, 29-V-1917; «Un comizio a Madrid in favore dell'Intesa. Vi partecipa Unamuno», *La Tribuna* 29-V-1917.

³⁸ «Una nación joven», *El Mercantil valenciano*, 24 de octubre de 1917, OCE VIII, p. 392.

³⁹ «El caso de Italia», *Desde el mirador de la guerra*, cit. p. 144.

ruptura de la *Triplice Alleanza* (Triple entente) y la declaración de guerra contra Austria⁴⁰. En la Guerra, Italia «pelea por la reconquista de su alma nacional⁴¹». Como Giuseppe Mazzini, Unamuno estaba convencido de que las naciones tenían una misión histórica que cumplir, y unos valores a los cuales permanecer fieles. En Italia el fascismo, y algunos años después, en España, el falangismo, no tardaron en confeccionar los valores que conformaban aquella misión nacional y en convertir a Unamuno en un apóstol del «amor a la patria universal»⁴².

El profesor Luigi Valli el 8 de marzo de 1919 pronunció en la biblioteca de Plaza Nicosia de Roma una conferencia que tenía por título: *Unamuno e la morale eroica*⁴³ (La ética heroica de Unamuno). La lectura de Valli en sí no tiene nada de novedoso, se repiten conceptos que no resultaban extraños para los lectores que tenían familiaridad con las páginas de las revistas florentinas y romanas. En la larga exposición de Luigi Valli, Sancho es el carnal Sancho, que representa al pueblo español que Unamuno tiene que «sacudir y elevar para arrastrarlo hacia un destino ideal» (*scuotere ed elevare per trascinarselo dietro verso una meta ideale*); don Quijote «despierta energías» (*risvegliatore di energie*) que nos empujan hacia la acción, y la verdadera moral es la que nos estimula a una vida entregada «a un sueño, a una idea, a un Dios, a algo que vaya más allá y que no se reduzca a nosotros y a nuestra recompensa» (*ad un sogno, ad un'idea, a un Dio, a qualche cosa che vada di là da noi e non torni ad impiccolirsi in noi e nel nostro premio*). Valli encuentra sin dificultad alguna un valor nacionalista en estas afirmaciones, se complace evidenciando la flaqueza moral de los italianos, y se eleva al rango de moralista. Evidentemente olvidaba un pasaje del *Quijote*, en el cual el caballero manchego

⁴⁰ El reino de Italia, en efecto, formaba parte de la *Triplice Alleanza*, pero en 1914, cuando estalló el conflicto, el país declaró su neutralidad sosteniendo que no se trataba de una guerra defensiva, y que por lo tanto no se veía obligado en tomar parte a las hostilidades. Sin embargo, después de unas negociaciones secretas con Inglaterra y Francia (Pacto de Londres), el 24 de mayo de 1915 el gobierno otorgó plenos poderes al primer ministro Salandra que declaró la guerra contra Austria.

⁴¹ «Una visita al frente italiano I», *Desde el mirador de la guerra*, cit. p. 376.

⁴² La expresión es de Ernesto Giménez Caballero, que la escribió en el prólogo para la obra *En torno al casticismo de Italia* de Curzio Malaparte, Caro Raggio, Madrid, 1929. Ya desde el título elegido para la versión castellana, de clara inspiración unamuniana, se comprende que Giménez Caballero propone un sodalicio literario con el escritor fascista.

⁴³ Luigi Valli; «Unamuno e la morale eroica», *Conferenze e prolusioni* (Roma), año XII, n. 24, 16 de diciembre de 1919, pp. 393-402.

afirmaba a su discípulo Sancho: «Nada aborrece más el pueblo que al Cautón, que se tiene por justo y parece ir diciendo: miradme y aprended de mí a ser honrados⁴⁴», pero esto sería otro tema. En algunos párrafos de la conferencia de Valli, cuesta mucho esfuerzo vislumbrar a Unamuno detrás de la aparatosa retórica.

La lectura de Valli fue tan descaradamente nacionalista y tenía como pretexto tan explícito la manipulación de la opinión pública a través de su libre lectura de la *Vida de Don Quijote y Sancho* que un estudiante véneto de la universidad de Padua, Ettore Pellizzon, que se acababa de licenciar con una tesis sobre Diego Ruiz, escribía en una carta a Unamuno:

El día 3 de este mes conseguía la licenciatura en Filosofía y pedagogía por la Universidad de Padua con una tesis titulada *El entusiasmo: ensayo crítico sobre la filosofía de D. Ruiz en relación al pensamiento de su raza*, en la cual hablé bastante también de Ud. reivindicando algunos aspectos de vuestro pensamiento luminoso contra la manipulación *ad usum Delphini* hecha por el profesor Luigi Valli de Roma⁴⁵.

No tengo ninguna duda en otorgar mi apoyo a estas afirmaciones de Pellizzon. La *Vida* no ha sido concebida para ser empleada *ad usum Delphini*, pero las circunstancias políticas reservaron para el autor «che 'l gran comento feo⁴⁶» otro destino.

4. Don Quijote contra Europa

En Italia se escribió mucho acerca del destierro de Unamuno a principios de 1924, y aquí por razones de espacio no es posible volver sobre el tema. Sin embargo hay que precisar que el Real Decreto sobre el control de la libertad de prensa es del 10 de julio de 1924, por lo tanto no debe sorprender la resonancia dada a un tema que resultaba escabroso, ya que

⁴⁴ *Vida de Don Quijote y Sancho*, II, LX, p. 460. Cito por la edición de Cátedra.

⁴⁵ Carta a Unamuno del 30 de noviembre de 1921, Mareno di Piave (Treviso).

⁴⁶ «Que escribió el gran comentario». Son las palabras con las que Dante (otro florentino) presenta al filósofo árabe Averroes (*Infierno*, IV, v. 144), conocido en occidente sólo por su comentario a la *Metafísica* de Aristóteles. El título de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, en traducción italiana, era *Commento* (comentario) *al Don Chisciotte*, de aquí mi juego de palabras, que en español resulta difícil de entender.

el fascismo aun no podía poner una mordaza a la prensa⁴⁷. Y que el destierro fuese un tema escabroso, lo demuestran las palabras del propio Benito Mussolini que a Gabriele d'Annunzio escribía: «Te remito los recortes de la prensa social-demo-anti-fascista, que se ha lanzado encima de tu telegrama en contra de Primo de Rivera. Son como hienas hambrientas, esta especulación, antes que ser anti-mussoliniana es superlativamente idiota. Yo no te pido además o palabra que corte esta mistificación. Estoy acostumbrado a comer el polvo de muchas amarguras⁴⁸». El telegrama recordado por Mussolini en realidad no era un escrito «en contra» de Primo de Rivera: era el manifiesto de solidaridad a Unamuno difundido por D'Annunzio por medio de una agencia de prensa, en marzo de 1924, y firmado por Shaw, Rolland, Freud, Gide, Mann, Scheler, Hazard, Lugones, y en Italia por Benedetto Croce, Arnaldo Cervesato y otros cuantos.

Fue sólo a partir de la segunda mitad de 1924, con la introducción del Director Responsable en cada periódico, que se comenzaron a tachar las noticias que resultaban dañinas para el régimen. Cabe entonces preguntarse ¿por qué a pesar de los tentáculos de la censura durante el fascismo se continuó escribiendo sobre Unamuno? ¿Por qué seguir traduciendo al italiano la obra literaria de un *liberal* desterrado en París, la cuna de los libres pensadores de toda Europa? ¿Unamuno no podía resultar un autor incómodo al régimen? Para documentar que el interés hacia Unamuno no disminuyó durante el «ventennio», ofrecí algunos datos que me parecieron bastante elocuentes en la bibliografía final de mi memoria doctoral, donde aparecía un listado de las traducciones italianas (más de veinte) y de los artículos de prensa sobre Unamuno (más de un centenar) publicados en Italia desde 1922 hasta 1945, o sea durante los años del fascismo. Hay que destacar, por lo tanto, su puntual presencia en las imprentas de Florencia, Roma y Milán, y un semejante éxito se puede justificar sólo afirmando que la transformación del *Quijotismo italiano* en fascismo fue llevada al cabo de manera escrupulosa y consciente por escritores que uniformaron el «quijotismo» a los ideales del régimen.

Durante los años del destierro la interpretación «quijotesca» de Unamuno se consolidó en Italia, pero el interés general por la península ibé-

⁴⁷ Remito a todo el III capítulo de mi tesis doctoral: *La noticia del destierro en la Italia de Mussolini* (op. cit.), pp. 96-113.

⁴⁸ *Carteggio D'Annunzio Mussolini (1919-1938)*, edición de R. de Felice y E. Marino, Mondadori, Milán, 1971.

rica, en cambio, fue escaso. Sólo en 1925, cuando el director de la revista *Critica Fascista* encargó a Carlo Boselli la redacción de una rubrica de «cose spagnole» en la prensa italiana se empezaron a tratar de forma menos esporádica los temas y los problemas de la literatura española y también asuntos de la vida política⁴⁹. Los lectores italianos sabían, por lo tanto, que Unamuno continuaba su campaña contra Primo de Rivera en París «en primera línea entre los denigradores de Primo de Rivera»⁵⁰, y Boselli reconocía a Unamuno y a Blasco Ibáñez el valor de firmar siempre con su propio nombre sus diatribas en contra del monarca Alfonso XIII y del marqués de Estella⁵¹.

Tampoco Puccini, amigo y corresponsal de Unamuno (y egregio traductor de sus escritos), quiere dar juicios precisos sobre la actitud política de Don Miguel en las páginas de *Critica Fascista*, y prefiere calmar las posibles polémicas diciendo que Unamuno no es un subversivo, es un alma inquieta, y sus batallas políticas no son nada más que el fruto de su inquietud y su misticismo:

Inquieto siempre, su sufrimiento se parece mucho a lo de don Quijote (del cual ha sido el más fiel intérprete) y también sus batallas políticas que han suscitado un gran ruido por toda Europa, más que una señal de subversión, yo amo interpretarlas como un fenómeno de su inquietud y de su misticismo: porque él no sería Unamuno, como don Quijote no habría sido don Quijote, si en su camino no hubiese encontrado de continuo obstáculos contra los cuales romper su lanza y hacerse algún pequeño roce⁵².

Sin embargo, las posturas políticas de Unamuno necesitaban de una aclaración. El primer escritor italiano que pensó oportuno fraguar el tema del casticismo y del antieuropeísmo de Unamuno con la ideología fascista, fue Cornelio di Marzio, un veterano de la Primera Guerra Mun-

⁴⁹ Cfr. Alfonso Botti, «Il caso spagnolo, percezioni, storia, storiografia» en A. Giovagnoli y G. De Zanna (eds.), *Il mondo visto dall'Italia*, Guerini e Associati, Milano, 2004, p. 90.

⁵⁰ Carlo Boselli, «La Spagna. Primo de Rivera e il fascismo», *Critica Fascista*, a. III, n. 13, 1 de julio de 1925, pp. 243-248.

⁵¹ Ivi, «Ad ogni modo sia Unamuno che Blasco Ibáñez firmano sempre col loro nome le loro diatribe».

⁵² Mario Puccini, «Rassegna del mondo latino», *Critica Fascista*, a. IV, n. 7, 1 de abril de 1926, p. 140.

dial que ahora trabajaba como periodista y se encontraba a la cabeza de la Asociación fascista de prensa. *El Quijote* representó para su generación de ex combatientes la máxima afirmación literaria de los ideales heroicos: Unamuno alababa las gestas de Italia en guerra desde las hojas del *Nuovo Giornale* de Florencia, había conocido a los soldados entre las trincheras, y Cornelio di Marzio había leído lo suficiente para trazar con fuerza un retrato del héroe cristiano, del caballero manchego, del caballero del ideal en lucha contra la barbarie.

El anti-europeísmo de Unamuno es un tema complejo, que nos lleva inevitablemente a tropezar con otro dilema de la crítica. ¿Unamuno fue progresista o casticista? En el pasado muchos críticos han contrapuesto la *Vida de Don Quijote y Sancho* a los ensayos de *En torno al casticismo*⁵³ casi como si hubiera un Unamuno progresista y europeo *versus* un Unamuno conservador. Puede aclarar bastante la postura de Unamuno una lectura de tipo moral, más que político. Para Unamuno todo problema político, en último análisis, se reconduce a un problema ético. Los valores de la europeización que procedían del extranjero no podían llenar de golpe el vacío que habría dejado la desaparición de todas las creencias y las tradiciones populares de la España rural y castiza. El problema de España era principalmente un problema social, antes de «democratizar», había que educar, y esto era, en el fondo, lo que pensaban la mayoría de los liberales españoles del tiempo. Pero, sin sacar anacrónicas conclusiones *a posteriori*, aquí quiero recordar un documento de Eugenio d'Ors que se guarda en la Casa-Museo Unamuno. Se trata de una carta de 1916 en la cual el catalán discute con el Rector; en ella hay una expresión que es emblemática: D'Ors habló de *España contra Europa* (que es curiosamente el mismo título que Cornelio di Marzio escoge para su artículo). D'Ors analiza la postura de Unamuno en la Primera guerra mundial y subraya que su admiración por Francia y su rechazo de la *Kultur* no son nada más que medias verdades. Unamuno —según d'Ors— condena en su íntimo sentir tanto a una como a otra nación «en nombre de África —o de Iberia—⁵⁴».

⁵³ Es imposible aquí detenerse sobre la génesis de las diferentes lecturas del casticismo unamuniano. Una introducción al respeto, y una bien nutrida bibliografía, se pueden encontrar en la reciente edición de *En torno al casticismo* de Jean Claude Rabaté, Cátedra, Madrid, 2005.

⁵⁴ Cfr. *Sobre la Europeización*, de 1906: «He aquí una expresión «africano antiguo» que puede contraponerse a la de «europeo moderno», y que vale tanto, por lo menos, como ella. Africano y antiguo es San Agustín; lo es Tertuliano. Y ¿por qué no hemos

Y un poco más abajo, dice que Europa tiene «dos cabos sueltos» que son Inglaterra y España, ambas proyectadas hacia el Atlántico.

Cornelio di Marzio luchó, como he dicho, en la Primera guerra mundial; conocía perfectamente las posturas de Unamuno respecto a Alemania, pero no podía conocer la carta de Eugenio d'Ors. No obstante, entre su artículo y la carta de d'Ors hay muchos parecidos, quizás porque fue una idea de Unamuno la contraposición entre *africano antiguo* (Tertuliano, Agustín) y *uropeo moderno*. Desde las páginas de la *Rassegna Mensile Antieuropa*, Di Marzio publicó, traducido al italiano, el ensayo *Sobre la Europeización* con dos finalidades: criticar las posturas filo-republicanas de Unamuno y demostrar que su pensamiento es esencialmente antieuropeo e incompatible con los valores «democrático-masónicos» de la Segunda República. En el complicado panorama de las revistas italianas de los años veinte y treinta, *Antieuropa* destaca sin duda por sus posturas radicales y por un especial interés por la situación española. Si *Critica Fascista*, por ejemplo, prefiere silenciar la adhesión de Unamuno a la Segunda República y había agudado la oposición de Unamuno al directorio militar con expresiones vagas como *inquietud* o *misticismo*, Di Marzio no ahorra ningún tipo de detalle describiendo el regreso de Don Miguel a España («la escena patético democrática merece la pena recordarla») y subraya que su «llegada tuvo carácter casi exclusivamente republicano»⁵⁵. Lo que es difícil de justificar para Cornelio di Marzio es la adhesión de Unamuno a la República: «¿cómo olvidar que mientras Sánchez Guerra se presentaba frente al país como el animador de una coalición constitucional, Unamuno llamaba clara y rotundamente la república? Justo porque desde la confusión de ideas no sale nada más que humo, nosotros, que en el fondo queremos a la humanidad, hemos ido a la búsqueda del Unamuno mejor y hemos encontrado un escrito suyo claro, que se merece los honores de esta revista de lucha y de ideas»⁵⁶.

O sea, existe un Unamuno mejor (*migliore*), y *Antieuropa* «que a fin de cuentas quiere a la humanidad», tiene que ofrecer a los lectores italianos algunos pasajes del ensayo *Sobre la Europeización*, que Unamuno

de decir: «Hay que africanizarse a la antigua» o «hay que anticuarse a la africana?». OCE, III, p. 926. La carta de Eugenio D'Ors del 11 de abril de 1916 (CMU O1/103-105, nueva sign. 36/9) ha sido reproducida por Vicente Cacho Viu en *Revisión de Eugenio d'Ors*, pp. 344-46.

⁵⁵ *Antieuropa. Rassegna mensile*, año II, n. 3, 1 de marzo de 1930, p. 882.

⁵⁶ *Antieuropa*, art. cit., p. 884.

compuso a finales de 1906⁵⁷, para poder demostrar de forma contundente que resultaba inconcebible que quien había escrito hace casi un cuarto de siglo aquellas páginas fuera el mismo hombre que aprobaba «la escena patético-democrática» de la nueva España.

Sobre la Europeización-Arbitrariedades no es un ensayo inédito para los lectores italianos⁵⁸, pero Cornelio di Marzio lo ofrece aquí en una traducción nueva cuyo título es de por sí muy significativo. Esa lectura de Unamuno no sorprende si no nos olvidamos de que en primer lugar los intelectuales «intervencionistas» que pertenecían al *Leonardo* y a *La Voce* asociaron el *Quijote* a la filosofía de la acción y al pragmatismo, y en segundo lugar que el *interventismo* de Papini, Soffici y Marinetti se funde con la exaltación de la «moral heroica» de Luigi Valli⁵⁹ y la búsqueda del gesto extraordinario. Cornelio di Marzio sintetiza todos estos elementos y, condicionado por su fe en el fascismo, o por el lugar que ocupa (es director de la *Confederazione Fascista Professionisti e Artisti* y además administrador de los fondos del premio literario internacional *San Remo*⁶⁰), no puede ni quiere asumir la nueva coyuntura política. Engreído entonces por sus lecturas (que posiblemente se reducían a la *Vida de don Quijote y Sancho* y a los ensayos traducidos por Piero Pillepich⁶¹), di Marzio, finalmente, escribe que tal conversión al republicanismo, no puede más que estar motivada por la senilidad:

⁵⁷ Aparecido por primera vez en *La España Moderna* (n.º 216, dic. 1906, pp. 64-83) fue incluido posteriormente en el VII volumen de los *Ensayos*, y ahora en OCE III, pp. 925-938.

⁵⁸ El ensayo apareció por primera vez en la traducción de Pietro Pillepich, *La Sfinge senza Edipo*, Corbaccio, Milán, 1925, prefacio de Adriano Tilgher. También Gilberto Becari presentará algunas páginas de este ensayo a finales de los años treinta (*Il nazionale*, mayo 1938, año XVIII, n. 5, pp. 128-131) y, sucesivamente, en los *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* (IV 1953, pp. 5-8). Existe también una cuarta traducción incluida en una antología de Carlo Bo, *L'essenza della Spagna*, Antonioli, Milán, 1945. Indudablemente se trata de un escrito que en Italia ha suscitado un cierto debate.

⁵⁹ Luigi Valli, «Miguel de Unamuno e la morale eroica». *Conferenze e Prolusioni*, año XII, n.24, 16 de diciembre de 1919, pp. 393-402.

⁶⁰ Será Giménez Caballero, con *Roma risorta nel mondo*, el ganador del «Premio Internazionale San Remo» (50.000 liras) en 1938. El traductor fue Carlo Boselli.

⁶¹ Pietro Pillepich, bajo el título de *La Sfinge senza Edipo* (Milán, Corbaccio, 1925) reuñía una selección de ensayos: *De la correspondencia de un luchador; Mi religión; La dignidad humana; Los naturales y los espirituales; La crisis del patriotismo; Conversación primera* (1910); *Verdad y vida; Soledad; Ibsen y Kierkegaard; Malhumorismo; La patria y el Ejército; A un literato joven; Berganza y Zapirón; Passione* (basado en: *Sobre la Europeización: Arbitrariedades*. Cfr. nota 58).

La vejez reserva siempre malas jugadas, y a pesar de que Unamuno siga joven, no sabemos nosotros como imaginarlo con el delantal de los masones, el compás en el ombligo, y mil ideas viejas para su vital cerebro. Y decir que leímos sus libros de un tirón: fuimos a verle corriendo el día que pasó por aquí [*se refiere a la visita de Unamuno al Frente de combate*], y hoy lo encontramos en estas páginas que brillan por su fe y su ardor. *España contra Europa* es un pensamiento de una enorme actualidad también hoy, cuando Unamuno se hace pasar por europeo. [...] Dentro de unos años el viejo Don Quijote español, con el escudo y el yelmo, dejado Roncinante en la cuadra y Sancho en el corral, se le acercará y en voz baja le rogará en latín, como decía Jeremías en Jerusalén: «Michael, Michael, convertere te ad dominum deum tuum». Y Miguel volverá español, o sea, antieuropeo⁶².

El apelativo de «masón democrático» sobra —como casi todo lo demás—. Es cierto que Unamuno no perteneció jamás a ninguna logia, a pesar de haber desempeñado el cargo de Presidente de la *Liga para los derechos del Hombre*, en la que figuraban muchísimos miembros del Gran Oriente. Di Marzio levanta su singular plegaria, y reza para que su antiguo «maestro» pueda morir con la fe de antaño en su castiza España, mística y árida: «¿No ha escrito Unamuno que le habría gustado nacer en el siglo XIII en un lejano pueblo perdido por su mística y árida España? Bien, siempre tiene tiempo para morir como deseaba nacer y siempre tiene tiempo para convertirse de nuevo a la fe en la cual nació. ¿No es verdad, Unamuno?»⁶³

El ambiente cultural está cambiando rápidamente. Cornelio di Marzio no es el único que no sabe como conciliar el imaginario quijotesco con el regreso de Unamuno a España.

5. Don Quijote contra la ciencia

Las polémicas suscitadas por la proclamación de la República volvieron a suscitar perplejidades entre las filas de los quijotistas y el tema fue objeto de nuevas manipulaciones. El año siguiente al ensayo de *Antieuropa*, Lorenzo Giusso escribió un largo artículo en el diario *La Notte* de Florencia. Muy cercano a Mussolini, Lorenzo Giusso entró en el fascismo

⁶² *Antieuropa*, art. cit., p. 885.

⁶³ *Ibidem*.

y se consolidó como intelectual del régimen gracias a sus colaboraciones asiduas a revistas y diarios de comprobada ortodoxia fascista, como *Gerarchia* o *Il Popolo d'Italia*, y entre otras cosas redactó la entrada «Unamuno» en la *Enciclopedia Italiana Treccani*. Ahora Giusso se pregunta —como Cornelio di Marzio— cuáles pueden ser las afinidades entre la república y el quijotismo. Desde el paradigma interpretativo de los quijotistas italianos es difícil imaginar que exista al lado del Unamuno que predica la «voluntad de ser heroicos y ejemplares⁶⁴» un Unamuno europeísta, democrático, cercano a los valores de la modernidad. Lorenzo Giusso recuerda su primer encuentro con Unamuno en los salones del Ateneo de Madrid: «Don Miguel estaba allí, la cabeza erguida de humanista tallada en la cálida sombra de un respaldo de madera, y polemizaba con un grupo de amigos. Cuando se levantó vi un hombre que tenía una estatura y un porte considerable»⁶⁵. Con un estilo calmo y pausado, utilizando un lenguaje depurado de la fácil retórica de Cornelio di Marzio (un fascista escritor), Lorenzo Giusso (un escritor fascista⁶⁶), recuerda que los argumentos de su conversación con Unamuno fueron la unificación de Italia, Giuseppe Mazzini, Alfredo Oriani, Giacomo Leopardi —que citaba de memoria— y Giosué Carducci.

Giusso cree que la verdadera esencia del hombre es para Unamuno la voluntad de vivir indefinidamente, angustiosamente, vivir para afirmarse, eternizarse e inmortalizarse. Giusso asocia la filosofía del Rector a la de los místicos, de los voluntaristas y de los irracionalistas: es decir, que ubica el pensamiento de Don Miguel en un marco muy familiar para los lectores italianos. El aspecto novedoso de la interpretación de Giusso —que como Unamuno cursó estudios de filosofía— es el rechazo a la modernidad (*que inventen ellos*), un tema que fue objeto de largas discusiones en las páginas de *La Conquista del Estado* de Ramiro Ledesma Ramos. Giusso recuerda a San Pablo, que con su doctrina demuestra que el amor y la *caritas* están por encima de la ciencia (la letra mata, mas el es-

⁶⁴ Lorenzo Giusso, «Uomini della nuova Spagna: Miguel de Unamuno», *La Notte* (Florencia), 6-7 de septiembre de 1931.

⁶⁵ *Ivi*.

⁶⁶ Es obra del brillante Ángel Sánchez Rivero la distinción entre escritores fascistas (personas con talento que aceptaron el régimen) y fascistas escritores (hombres que remedian a su falta de talento aceptando el régimen). «Curzio Malaparte es un fascista escritor, cosa no del todo equivalente a ser un escritor fascista. Escritores fascistas son Marinetti, Pirandello, y en cierto modo D'Annunzio. Pero en todos ellos el ámbito de la conciencia literaria no coincide con el de la conciencia política». «L'Italie contre l'Europe», *Revista de Occidente*, LVIII (abril de 1928), pp. 129-135.

píritu vivifica). Don Quijote —continúa Giusso— es el símbolo de nuestra ansia de inmortalidad y de grandeza. Don Quijote actúa para huir de la muerte, que es una monstruosa injusticia.

Quitad al hombre el espejismo celestial de la inmortalidad y le dejáis aplastado al suelo, como mucho podrá arrastrarse: el ideal que la ciencia y la democracia proponen al hombre es un círculo recreativo para descansar en una tarde dominical viendo una amena película al aire libre. Entre el ideal quijotesco y la ciencia y la democracia si no hay guerra hay por lo menos disparidad⁶⁷.

«La ciencia que disipa todos los problemas del alma es incompatible —dice Giusso— con el quijotismo y con el agonismo, que quieren multiplicar las contradicciones apasionantes». Ergo, concluye Giusso, don Quijote es a la enésima potencia el héroe anticientífico, antieuropeo: «Cómo este ideal trágico guerrillero y místico pueda alinearse al copioso banquete de la mesa masónica de la nueva República es algo que no se entiende⁶⁸». Las aspiraciones del hombre moderno no serán cumplidas por la recién nacida democracia, y la ciencia no saneará tampoco los males que afligen el alma. Lorenzo Giusso no ve ningún punto de encuentro entre Unamuno y la nueva España.

En vez de preguntarse las razones reales que empujaron a Unamuno a volver a su patria (por ejemplo la caída de Primo de Rivera), Lorenzo Giusso lee este momento culminante de la biografía de Unamuno en clave literaria; por un lado tenemos a don Quijote «que lucha en una meseta solitaria contra monstruos y tormentas, y emana un fragor de vieja caballería española», símbolo de la verdadera España, y a las antípodas está «la ortodoxia inquisitorial científica moderna [...] la ciencia que disipa todos los problemas del alma». Unamuno, *el paladino de Don Quijote*, no representa con su obra el optimismo democrático, al contrario, su visión de la vida es «irreducible al optimismo democrático; su ideal dolorístico (sic) contrasta demasiado con las excrecencias y los balbuceos que se alían en el fondo del humanitarismo francés⁶⁹».

En Unamuno hay una vertiente quijotesca demasiado fuerte para que la República le eleve realmente a símbolo del nuevo orden político, pero

⁶⁷ Lorenzo Giusso, *art. cit.*

⁶⁸ *Ibidem.*

⁶⁹ *Ibidem.*

si algún literato se merece la presidencia española, aquel hombre es Unamuno:

Ella [España] honra a Unamuno, pero jamás lo convertirá en su propio símbolo. En el alma de Unamuno hay demasiadas austeras ciudades castellanas custodiadas por santos y dragones, demasiadas basílicas, demasiadas virtudes de piedra amanecen ahí, demasiados puertos bascos con sus velas viejas atravesadas por la cruz de Cristo marinero.⁷⁰

Unamuno no puede ser el símbolo de la España republicana, además, porque no puede traicionar sus ideas completamente; Unamuno pasará a la historia —dice Giusso— como el emblema de una nación que en los siglos ha permanecido inmutable. España es como un puente entre dos mundos, el viejo y el nuevo, la tradición y la modernidad. «Unamuno es un símbolo viviente de España. Una España desequilibrada entre las grandezas reales de la tradición católica y su punzante deseo de europeizarse: entre el decaído ideal de la monarquía y de la contrarreforma y el nuevo ideal artefacto en las cantinas de las logias francesas⁷¹».

Las malignas alusiones a Francia se pueden explicar también porque en la Italia fascista se veía con preocupación la posibilidad de un acercamiento entre el gobierno de París y el nuevo gobierno de Madrid, y repetimos una vez más que Unamuno nunca perteneció a la masonería.

6. Don Quijote contra la República y con los militares

El apoyo tan explícito de Unamuno a la causa de los militares despertó perplejidad en Francia y el diario *Le Petit Parisien* del 15 de agosto titulaba: «Unamuno est avec les rebelles⁷²». La primera pregunta de André Salmon, que entrevistó a Unamuno el 14 de agosto, no pudo ser más directa: ¿cuáles son las principales razones por las que «una incontestable figura de la izquierda como usted se adhiere a un movimiento que en el extranjero muchos consideran de derecha?». Unamuno había criticado la guerra en Marruecos y había sido desterrado por un

⁷⁰ *Ibidem.*

⁷¹ *Ibidem.*

⁷² Cfr. Eduardo Pascual Mezquita, *La Política del último Unamuno*, Globalia Ediciones Anthema, Salamanca, 2003, p. 391.

directorio militar. Su adhesión al alzamiento liderado por aquellos mismos militares que Don Miguel criticaba tanto, de hecho, abrió un caso internacional.

No pensaban lo mismo los periodistas italianos, para ellos Unamuno no era una incontestable figura de la izquierda y la noticia del apoyo al bando de los Nacionales no resultaba ni sorprendente ni incomprensible. Para los quijotistas la normalidad era que un pensador como Unamuno apoyase la tradición, la reacción, los rebeldes (y así hizo, por lo menos en un principio). Análogamente a cuanto ocurrió en 1924 con la noticia del destierro y en 1930 con su regreso, ahora, con el comienzo de la Guerra Civil, las posturas de Unamuno vuelven a suscitar el interés de la prensa fascista. El diario milanés *L'Ambrosiano*, que ya se había ocupado de Unamuno en otra ocasión⁷³, cuando su director era Umberto Notari, vuelve sobre el escritor español comentando la entrevista publicada por el *Petit Parisien* en la que Unamuno declaró su apoyo al bando nacional:

Desde que empezó la guerra civil en España nos estábamos preguntando cada día: ¿y Miguel de Unamuno? ¿Con qué bando está? [...] El gran escritor está del lado de los rebeldes. Y ha comentado sus razones en una entrevista con el *Petit Parisien*. «La de los nacionales es la lucha de la civilización contra la barbarie»⁷⁴.

Han transcurrido sólo diez días desde que se publicó la famosa entrevista de André Salmon, en la cual se leen estas palabras que Simplissimus traduce al pie de la letra: *es la lucha de la civilización contra la barbarie*. Las noticias en Italia llegaban con más claridad que en España, donde las comunicaciones entre la zona republicana y el territorio presidado por los militares eran realmente escasas. Pero ¿de verdad Unamuno creyó en esta lucha contra la barbarie? Además de la entrevista publicada por el diario francés, tenemos en la Casa-Museo una hoja manuscrita muy significativa. Se trata del borrador de un discurso que Unamuno pronunció en la Plaza Mayor el 29 de julio de 1936, pocos días después de la entrada de los militares en la ciudad. Lo que aparece en este borrador, coincide en sustancia con cuanto publicado por *Le Petit Parisien* y el *Ambrosiano*: hay que salvar la civilización occidental.

⁷³ Giovanni Titta Rosa, «Due moralisti», *L'Ambrosiano*, 7 de noviembre de 1924.

⁷⁴ Simplissimus, «Unamuno», *L'Ambrosiano*; 25 de agosto de 1936, p. 3.

Pues cuando oigo como un grito de liberación y de independencia espiritual >gritar< ¡viva España! Pienso que hay algo más alto aun, pues España no es para <nosotros> los españoles solos y hoy ante la humanidad civilizada nuestro deber es acudir a salvar la civilización occidental >que está en peligro<, la civilización cristiana, que >está en< corre peligro. Aquí >estoy< me tenéis a mis años a continuar la lucha ya que he visto los pueblos de estos campos entregados <en gran parte> a la gestión de >criminales< >delincuentes> amnistiados o no <y de dementes, que es peor acaso> y he visto a su juventud, y a su niñez, educadas en el odio y en la envidia >y en la más triste confusión de supuestas ideas<. A salvar, pues, la civilización occidental⁷⁵.

Si para André Salmon resultaba extraño que una «incontestable figura de izquierda» apoyara a los militares, para el periódico de Milán la paradoja fue su anterior apoyo a la República: «nadie puede sorprenderse por la postura de Unamuno...». Unamuno, al lado de Franco, «queda fiel al espíritu originario de la nación⁷⁶». En 1936 el celtíbero era tan conocido en Italia que ni siquiera hacía falta citar algunas de sus obras o recordar a los lectores algunos datos biográficos. Hablando de «seriedad, honor, coraje y caballería», se está hablando implícitamente del *Commento al Don Chisciotte*, una obra que gracias a Papini, Puccini, Beccari y a la Gran Guerra resultaba familiar a cualquier lector medianamente instruido. Con satisfacción el diario de Milán puede finalmente anunciar que Unamuno, el intelectual español más representativo, el celebrado autor del *Quijote*, después de su pasajero apoyo a la república, vuelve a su lucha de siempre.

Frente a la guerra civil se encuentra español 100% y reanuda su postura de desafío. Se dice, con esto, que ¿Unamuno se encierra en un augusto tradicionalismo? Para nada. Él quiere una España moderna; pero él también sabe que ese objetivo tiene un obstáculo insuperable en el anarquismo. En el anarquismo más todavía que en el comunismo⁷⁷.

⁷⁵ CMU 72/39 (> < tachado por el autor; < > añadido por el autor). No se puede seguir el texto del discurso que reproduce González Egido en su novelesco libro *Agonizar en Salamanca* (Tusquets, Barcelona, 2006, p. 58) ni la reconstrucción ofrecida por Manuel Urrutia en su *Evolución del pensamiento político de Unamuno* (Universidad de Deusto, Bilbao, pp. 301 y ss.) Tampoco entiendo por qué Pascual Mezquita, que conocía el autógrafo del discurso del 26 de julio, decidió copiar la versión dada por la prensa salmantina al día siguiente, sin seguir el manuscrito (*La política del último Unamuno*, cit. p. 385).

⁷⁶ *L'Ambrosiano*, 25 de agosto de 1936, p. 3.

⁷⁷ *Ibidem*.

Los periodistas italianos no podían disponer de todos los documentos que se han recopilado en la actualidad, pero esta referencia al anarquismo demuestra una vez más que Italia y Francia eran unos canales de información privilegiados. *Simplicissimus* no era el único que veía una amenaza en el anarquismo, el propio Unamuno había manifestado su preocupación con respeto a ambos bandos: las «hordas marxistas y rojas⁷⁸», se lee en otro borrador autógrafo. Poco después, el anónimo redactor del *Ambrosiano* hace de nuevo mención del anarquismo, diciendo que crece en los países más atrasados. Se trata de un tópico que surgió quizás con las obras de Le Bon sobre las masas. El sociólogo francés decía que los países mediterráneos —que para él eran los menos desarrollados— eran los únicos en los que el anarquismo encontraba la posibilidad de radicarse. ¿Fue ese miedo al desorden y a la rebelión incontrolada de las masas que suscitó en Unamuno la voluntad de apoyar el menor de los males? No es aquí el lugar oportuno para abrir de nuevo ese debate, pero esta parece ser la tesis del *Ambrosiano*, que concluye con un ataque a los intelectuales españoles —Ortega *in primis*— que han apoyado el gobierno de Madrid. Ellos serán olvidados, y quedarán al margen de la historia del pensamiento moderno, pero Unamuno «quedará con la dignidad de un señor original»:

Aquellos académicos, en parte médicos y directores de hospitales, que, en los días anteriores, casi a balancear la declaración de Unamuno, han adherido al gobierno, capitaneados por Ortega y Gasset, son los últimos representantes de aquel cosmopolitismo intelectual que encuentra dóciles clientelas en los países atrasados y que tiene muchas afinidades con el anarquismo. Es por eso que Ortega, parásito de la literatura filosófica alemana, no encuentra sitio en la historia del pensamiento moderno, mientras Unamuno quedará con la dignidad de un señor original⁷⁹.

Hasta aquí, no sorprende que las lecturas de Cornelio di Marzio, Lorenzo Giusso, y ahora del anónimo cronista de *L'Ambrosiano*, sean tan semejantes. Todas brotan de un mismo marco interpretativo, que es el quijotismo. Si el antagonista fue durante la Primera guerra mundial el pueblo alemán, bárbaro y pagano, durante la Segunda república el ideal democrático y masón, ahora la moral quijotesca se opone al internacionalismo de

⁷⁸ CMU Una Manus 72/38.

⁷⁹ *L'Ambrosiano*, art. cit., p. 3.

Saint Imier, y siempre en nombre de una tradición que hay que preservar de contaminaciones foráneas.

7. Don Quijote no está ni con los *hunos* ni con los *hotros*

Todo lo que se diga de la salvajería de las hordas llamada rojas o marxistas (??) es poco, pero la de los otros. Tan salvajes como los *hunos* son los *hotros*, en esta guerra sin cuartel, sin piedad, sin humanidad y sin justicia. De un lado criminales vulgares, expresidarios, degenerados sin ideología alguna, y del otro lado...

Miguel de Unamuno⁸⁰

En la famosa carta de Miguel de Unamuno a Lorenzo Giusso (21 de noviembre de 1936), que es uno de los pocos documentos autógrafos sobre el fascismo español posteriores al 12 de octubre, Unamuno aclaraba su posición política después del alzamiento militar. La carta de Unamuno empezaba así:

Hace unos días recibí, amigo mío —creo poder llamarle así—, un artículo titulado *Unamuno e la Spagna*, debido a usted y por duplicado de dos diarios; le acompañaba una carta suya... pero ¿por qué me la escribió en francés y no en italiano? No le contesté al punto. Me han pasado tantas y tales cosas...⁸¹

En la Casa Museo no he encontrado el autógrafo de la carta de Lorenzo Giusso dirigida a Unamuno que acompañaba el envío del artículo citado, pero he localizado en la Biblioteca Sormani de Milán el *micro-film* del diario *Il Mattino* en el cual Lorenzo Giusso publicó «Unamuno e la Spagna⁸²». Leyéndolo, no me extraña que Unamuno sienta el deber de puntualizar su postura. Giusso, en un artículo anterior dedicado a Unamuno, argumentaba una abierta cesura entre quijotismo y democracia. Ahora no pierde la oportunidad de remarcar —como ya hizo la prensa francesa— la cuestión de la donación de las cinco mil pesetas («per il

⁸⁰ Carta de Unamuno a Lorenzo Giusso, 21 de noviembre de 1936 (COR 545 bis. Fotocopia acéfala).

⁸¹ Ivi, COR 545.

⁸² Lorenzo Giusso, «Unamuno e la Spagna», *Il Mattino*, 11 de septiembre de 1936.

fondo di guerra del generale Franco»), y recuerda que Unamuno, por su antimilitarismo, gozaba de las simpatías de las izquierdas y de un cargo importante cual era la presidencia de la *Liga para los derechos del hombre* y el rectorado vitalicio. El artículo de Giusso es del 11 de septiembre, anterior, por lo tanto, al enfrentamiento entre Unamuno y Millán Astray. El italiano no sabía aun del repentino cambio de bando de Don Miguel, y por lo tanto se repiten temas ya visitados por el *Ambrosiano*:

¿Por qué —nos hemos preguntado— Unamuno, saludado en su tiempo como el *Cristo español* por los partidos de izquierda, el adversario declarado del militarismo, el presidente ibérico de la *Liga para los derechos del hombre*, ha podido prestar su apoyo moral a los nacionalistas? ¿Por qué el *santón* democrático de ayer se une a la tradición? Contradicción inextricable, a primera vista. Pero en realidad el asombro es muy tenue para quién, como yo, conoce, no sólo la obra, sino también la personalidad de Unamuno⁸³.

Lorenzo Giusso iba explicando que democracia y quijotismo se hacen guerra mutuamente porque representan la lucha inconciliable entre razón y fe. Unamuno apoya la facción de los rebeldes, pero ¿dónde está la sorpresa? Giusso cuenta que en los cafés de la Calle Alcalá de Madrid, Unamuno criticaba las instituciones y los políticos de la República con tono irritado. Dice haberle encontrado en 1931, cuando frecuentaba las Cortes: «Sus charlas, desde aquel tempo, brotaban de sarcasmos en contra de los métodos y de los hombres de la República. La oratoria grandilocuente de las cortes le exasperaba⁸⁴». Giusso sostenía que en Unamuno hay ecos de Fichte y Carlyle (como escribió Papini treinta años antes), pero vislumbramos también los Cristos de Zurbarán y Ribera, y su quijotismo es una forma de idealismo, pero al mismo tiempo es una lucha, es agónico, porque Don Quijote se enfrenta con la cruda realidad, porque quiere transformarla. En las palabras de Giusso, el quijotismo es «la búsqueda de una exasperada nobleza, la tensión hacia lo que no es pero tiene que ser, el mensaje del ideal que la gente positiva y filisteo juzga irrealizable. [...] Es el caballero intrépido del ideal y el símbolo perpetuo de todo heroísmo⁸⁵». Y Unamuno invitaba el mundo a levantar la lanza del caballero man-

⁸³ *Ibidem*.

⁸⁴ *Ibidem*.

⁸⁵ *Ibidem*.

chego, a rebelarse «contra el conformismo, la estabilidad social, el respeto de las convenciones petrificadas, vigentes en el campo de la consagración como en el de la revolución». Un mensaje revolucionario, porque Quijote, continúa Giusso, es el «genuino heredero de Jesucristo» que soporta insultos y palizas, como los apóstoles y los santos.

Después de treinta años, vuelve la retórica del quijotismo acerbo de los jóvenes idealistas del *Leonardo* cargada de matices religiosos y mesiánicos. Don Quijote «se arrodilla frente a tres rudas campesinas [...] y el cristiano, del mismo modo, se pone en un mundo inteligible y espiritual que no tiene ninguna relación con el mundo mecánico, porque impone finalidades e ideales a un mundo que de por sí es informe⁸⁶». Don Quijote y el cristiano rechazan la realidad y la transfiguran, rechazan el frío mecanicismo del racionalismo cartesiano y lo transforman en finalismo: Don Miguel rechaza la República y se pone al lado de los rebeldes.

Unamuno, por supuesto, tiene una estocada precisa para Lorenzo Giusso, y después de haber leído la copia del diario *Il Mattino*, contesta a su intérprete italiano que se siente todavía un liberal, un viejo liberal como Benedetto Croce:

No se dejen ustedes, los italianos, engañar. Esta reacción inquisitorial española contra la tradición, la gloriosa tradición liberal española del siglo XIX, el siglo más glorioso de España, no es cristiana, ni es nacional. Fuera de algunos pocos. Y no olviden que la palabra liberalismo nació en España, como lo ha recordado vuestro —y nuestro— gloriosísimo Benedetto Croce; ese altísimo espíritu, el de la Historia de Italia y la Historia de Europa. ¡Que grandeza de visión!... Y nada de esa horrible retórica etérea, futurista y fascista⁸⁷.

Unamuno aun se profesaba liberal. En 1936, lamentablemente, del viejo liberalismo decimonónico, quedaba muy poco. Quizás tenía razón Ramiro de Maeztu, que en una entrevista con Giménez Caballero (¡de diez años anterior a esta réplica de Unamuno!) había declarado que el liberalismo estaba muerto: «El liberalismo ha desaparecido, y quien lo ostenta es sin darse cuenta que no ostenta nada⁸⁸». Quizás tenía razón Larra,

⁸⁶ *Ibidem*.

⁸⁷ Carta a Lorenzo Giusso, cit.

⁸⁸ Ernesto Giménez Caballero, «Entrevista con un camisa negra», *La Gaceta Literaria*, 15 de febrero de 1927.

que en su *Día de los difuntos* (¡de cien años anterior a esta réplica de Unamuno!) decía que ser liberal, en España, significaba enterrar toda esperanza y resignarse a una melancolía que no tiene fin. Y así murió Unamuno, solo, encerrado en su hogar, rodeado por su patria convertida en un valle de Josafat⁸⁹.

8. Unamuno no es Don Quijote

El romántico interprete del *Quijote* de Cervantes veía en Franco un nuevo Don Quijote idealista, espiritual y caballeresco.

Carlo Boselli⁹⁰

Giovanni Papini, que abrió la temporada del quijotismo de Unamuno en Italia, quiere recordar la muerte de quien había representado en su juventud una guía y un símbolo. Con las palabras de la necrología de Papini se concluye la etapa que me había propuesto investigar. Han pasado treinta años desde que la revista *Il Leonardo* sonó su peana que puso en pie de guerra a todos los lectores italianos anunciando la llegada de Don Quijote. El entusiasmo y el ardor guerrero de antaño se han mitigado en el alma de Papini, que ahora se ha volcado en los estudios religiosos, pero Unamuno, en sus recuerdos, queda siempre como un guerrero también después de la muerte:

Miguel de Unamuno era vasco, o sea de un pueblo acostumbrado a la guerrilla armada, y se había formado, en su juventud, con los antiguos griegos, expertísimos en la guerrilla espiritual. Unamuno fue a lo largo de toda su vida un «ardito» y sutil «guerrillero» [*en castellano en el texto original*] del espíritu.⁹¹

Ahora bien, queda claro a los lectores de hoy que el mensaje de la *Vida de don Quijote y Sancho, El sepulcro de Don Quijote, Sobre la*

⁸⁹ Mariano José de Larra, «El día de Difuntos de 1836. Figaro en el cementerio», *Antología fugaz*, edición de Francisco Umbral, Alianza, Madrid, 1984.

⁹⁰ «Unamuno, bastian contrario», *Alleanza Nazionale del Libro. Rassegna di cultura*, vol. IV, fasc. II, febrero de 1937, p. 66.

⁹¹ G. Papini, «Miguel de Unamuno e il segreto della Spagna», *Nuova Antologia*, 16 de enero de 1937, p. 137.

Europeización —para nombrar tan solo los tres textos más citados por los quijotistas— no se puede acercar directamente al fascismo. Por otro lado es evidente que a lo largo de los años, durante toda su vida, Unamuno se planteó constantemente problemas y temas como la idea de nación, la relación entre Europa y Mediterráneo, entre ciencia y espiritualismo, entre pensamiento y acción. Todos estos temas fueron más o menos centrales en el debate cultural de las revistas que se editaron en las primeras décadas del siglo pasado. Christopher Britt relevó con razón, en la introducción de su libro *Quixotism*, que algunas temáticas del quijotismo fueron efectivamente retomadas en el siglo XX como palanca ideológica del fascismo (interpretations of Cervantes' Quixote helped shape a fascist ideology for modern Spain) porque sirvieron para dibujar un nuevo ideal de nación, ya que con la derrota del Noventa y ocho el sentimiento nacional había sufrido una crisis sin precedentes⁹².

La dimensión estética y literaria del 98 ha sido el centro de las infinitas diatribas entre críticos que debatían sobre la «invención» del 98, y pocos se han percatado de la importancia ideológica que el 98 asumía para los jóvenes nacionalistas a la búsqueda de héroes y profetas que avalaran sus doctrinas políticas. Los escritores del 98, ofrecían —junto con sus ideas de europeización— el sueño de una España nuevamente unida, proyectada hacia el exterior (*imperial*, según Ramiro Ledesma), con ansias de renacer. Entre los autores más influyentes para los aspirantes fascistas españoles, el americano cita a Unamuno, Ganivet, Azorín, Maeztu, y a los nombres recordados por Christopher Britt, añadiría el de otro publicista menos conocido, pero no por eso menos influyente en la gestación intelectual del tardío fascismo español, que es José María Salaverría.

Over the years, the incessant discussion of the aesthetic «problems» attending the notion of the literary generation of '98 has served to minimize the decisive role that several of the authors typically associated with that generation —namely Unamuno, Ganivet, Azorín, and Maeztu— played in the narrative construction of a Spanish national modern heroic and imperial identity⁹³.

⁹² Christopher Britt Arredondo, *Quixotism. The imaginative denial of Spain's loss empire*. State University of New York Press, 2005.

⁹³ Ivi, p. 7.

Aclarado que no se pueden identificar fascismo y quijotismo, ni fascismo y Noventayocho, con buena paz de las lecturas críticas que perduraron en el siglo pasado durante muchas décadas (la interpretación de Pedro Laín Entralgo es la más emblemática para toda su época), lo que no es normal es asumir, sin tratar de explicarlo, que los autores que discutieron las posturas de Unamuno en los ambientes fascistas de ambas penínsulas le consideraran de forma casi unánime como un maestro y un modelo a imitar (el único fascista que denostaba a Unamuno era Albiñana). Quedaban por averiguar las razones de tanta admiración y tanta fascinación en los jóvenes, y la aventura del quijotismo italiano nos reveló que sólo se puede comprender el éxito del Rector en los ambientes nacionalistas por su lenguaje. En Unamuno luchan dos almas, como en el pecho de Fausto (*Zwei Seelen wohnen, ach! in meiner Brust*), y al lado del Unamuno contemplativo, para utilizar la afortunada expresión de Carlos Blanco Aguinaga, existe otro Unamuno agónico: el lenguaje del Unamuno agónico ha sido siempre violento.

Unamuno no argumenta: ordena, exige, juzga, critica, afirma y niega, y siempre de modo radical, apoyándose en las hipérbolas y cambiando un uso neutro y sobrio del lenguaje en favor de un registro apasionado, visionario, hasta violento de la palabra. Lo más trágico, es ver que Unamuno se percató de este uso masivo de la violencia verbal en la dialéctica de los jóvenes que se acercaban a la política demasiado tarde y lo rechazó cuando ya la violencia verbal constituía el alimento cotidiano de la política⁹⁴. Pero aun así, ¿cómo olvidar el fuego que ardía en las palabras de *El sepulcro de Don Quijote*? ¿Como olvidar el prólogo a la tercera edición de la *Vida* en el cual Unamuno escribía que no se podía razonar con ellos, que había que contestar con pedradas? «Hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión, con botes de lanza. No hay que razonar con ellos. Si tratas de razonar frente a sus razones, estás perdido⁹⁵».

Unamuno separaba el bien y el mal, el blanco y el negro, lo justo y lo injusto, el trigo y la paja, polarizando todos los contrastes. Insultaba sus adversarios y acuñaba por cada uno de ellos algún mote específico, sus críticas a veces eran unas catilinarias *ad personam*, que no tenían nada de dialéctico, tal vez nada de racional. El bestiario unamuniano era prover-

⁹⁴ Cfr. «Mozalbetería», *El Sol* (Madrid), 20 de marzo de 1932. RE, 157. «Cruce de miradas», *Ahora* (Madrid), 21 de diciembre de 1934. OCE VIII, 1221.

⁹⁵ *El sepulcro de Don Quijote*, cit.

bial⁹⁶, una muestra de fascismo verbal de extraordinaria intensidad. A nivel político los totalitarismos se alimentan de las divisiones y las convierten en odios antagónicos, atávicos. Unamuno fue un pozo sin fondo para la retórica de los jóvenes literatos de *La Voce*, y lo fue también para los jóvenes literatos cercanos a Giménez Caballero. No moveré a Unamuno la acusación de corromper las juventudes con sus ardientes palabras, ni de introducir nuevos dioses en la ciudad (el evangelio quijotista), pero quiero dejar bien claro que si su lenguaje fue empleado fuera de contexto se puede entender perfectamente el porqué.

Las diferencias de registro y de contenido influyen en el mensaje, que cambia según el medio empleado, pero nos encontramos frente a una situación peculiar, porque no es que los contenidos de los mensajes varíen un poco según que Unamuno emplee un estilo dramático u otro más llano y conciso, como el artículo periodístico: en Unamuno con el variar del estilo empleado, variaba también el mensaje, y cuando hablaba de un mismo tema en dos obras utilizando registros diferentes, el contenido no coincidía, tal vez era diametralmente opuesto, como subrayó Fernández Urbina en su trabajo sobre *Los Vascos del 98*⁹⁷. De aquí que en política el mito del Unamuno «fascista» se alimentara del «verbo demoleedor y visionario» de los ensayos sobre el *Quijote* o de las invectivas en contra de Alemania durante la Gran Guerra. Habrá por lo tanto que tenerlo en cuenta. Algunas de las aparentes contradicciones de Unamuno son el fruto de su concepción dicotómica de la realidad. Son el resultado de su afán de separar,

⁹⁶ «Carlos Marx era un zorro judío», un «judío saduceo», «latoso, antipático y sofista», «muy abstruso», «pedantesco e insufrible» («La fabula de la zorra», *Nuevo Mundo*, 25 de mayo de 1923); el «desdichado» Francisco Ferrer era un «mamarracho pernicioso» (carta a Nin Frías del 11 de noviembre de 1909); Görres una «hiena tonsurada» (nota autógrafa a lápiz al fondo de las *Obras Completas* de Heine, Leipzig, tomo II, sign. U-1092); Azaña el «Faraón del Pardo»; Martínez Anido un «ganso histórico», otras veces un «ganso real» (estos últimos epítetos son recurrentes en todos los artículos de los años Treinta); Gabriele D'Annunzio un «monstruo espiritual», «repulsivo» y «desdichado» (cfr. *La Cultura italiana...*, op. cit. p. 209).

⁹⁷ *Los Vascos del 98: Unamuno, Baroja y Maeztu. Juicios, actitudes e ideas ante la modernidad*, Bermingham, San Sebastián, 1998, pp. 99 y 64-65: «pues se da la paradoja de que no coincidían los mensajes de ambos vehículos expresivos. [...] No nos cansaremos de advertir que, junto al ideólogo españolista y fideísta que surge de 1897 y cristaliza en 1905, coexiste otro europeísta y reformador social de orientación progresista. A que el primero fuera más llamativo, contribuía el que, en esa clave, solía utilizar un verbo demoleedor y visionario, mientras que cuando escribía en tono europeísta y de reformador social lo hacía con sobriedad expresiva».

oponer, diferenciar, y al mismo tiempo unir, asimilar, conservar todas las facetas de un problema para ofrecernos una imagen de *ensemble* rutilante de colores, y Unamuno utilizará muchas voces, cada una con su timbre distinto. Eso lo veía bien el poeta Bergamín, que conmemorando al maestro escribía que Unamuno, por su expresa voluntad, solía repetir y variar constantemente los mismos temas «siguiendo el ritmo vivo y veraz de su pensamiento, siempre voluntariamente asistemático⁹⁸».

Si nos fijamos en el tono podemos notar que a una retórica encendida se acompañan las afirmaciones más arbitrarias y más casticistas. Es como si Unamuno, a falta de buenas razones, intentase utilizar una argumentación *ad hominem*, incitando a su lector con preguntas retóricas e invocando la emotividad y el sentimiento mediante el uso de palabras concitadas y flamantes.

El uso de una retórica siempre se acompaña a una correspondiente forma de pensar. Lo expresa muy claramente Jordi Gracia cuando afirma, a propósito de su ensayo *La resistencia silenciosa*, que existe una «solidaridad profunda» entre pensamiento y estilo⁹⁹. El Unamuno leído por la Falange Española es el Unamuno más «demoledor y visionario», el *excitator hispaniae*, el de *El Sepulcro de Don Quijote* o de *Sobre la Europeización*. Y es imposible prescindir de estos cambios de registro y de tonalidad a la hora de evaluar el peso del mensaje político de Unamuno en España y también el tipo de lectura que suscitó en los intérpretes italianos, los primeros en orientar su filosofía hacia la acción, el pragmatismo y el irracionalismo: *en tó érgo tó ón*¹⁰⁰.

⁹⁸ Cit. en José Bergamín y Miguel de Unamuno. *El Epistolario (1923-1935)*, Pre-Textos, Valencia, 1993, p. 203.

⁹⁹ Jordi Gracia, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Anagrama, Barcelona, 2004, p. 24: «La intuición central de este libro apunta a la solidaridad profunda entre un modo de pensar y un tono de voz o estilo. La tradición racionalista, esceptica y lúcida, del humanismo ilustrado tiene su correlado en una lengua despojada y sobria, un *sermo humilis* deliberadamente aseptico, rebajado. [...] Ese racionalismo ilustrado puede expresarse, sin duda, de muchas maneras, y no únicamente a través del estilo llano, despojado. Sin embargo, bajo el control del fascismo y un lenguaje ideologizado, el único combate que queda es recuperar un uso clásico de la lengua y pensamiento: evitar el chasquido falso de la altisonancia o la retórica petulante y fogosa».

¹⁰⁰ *En la acción, el ser*. Es la cita con la que Carlo Candida abre su traducción italiana de 1926 de la *Vida de Don Quijote y Sancho* (Milán, Il Corbaccio, 1926, p. 7).